

Miguel Vitagliano

CUARTETO PARA AUTOS VIEJOS



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

MIGUEL VITAGLIANO

Cuarteto para autos viejos

Para Perla, Octavio, Matilde y "el hombre que hacía las casitas", construir con afición una maqueta de fósforos durante años, juntar cosas viejas, clasificar todo lo que sucede o tratar de acercarse a un hombre mientras se abandona sistemáticamente a todos los demás, son maneras de redimir el pasado y a la vez avanzar.

Como una pieza musical para corto voces, con tono contenido y a la vez profundamente inquietante, Miguel Vitagliano compone una obra de personajes que buscan un lugar para el dolor o para la pasión, que encuentran en una tragedia un nuevo comienzo o en una búsqueda la imposibilidad de eludirse a ellos mismos.

Una novela sobre el amor y las relaciones, la soledad electiva, los afectos y deseos de la vida cotidiana, sobre el tener y no retener. "¿Por qué conservar y dejar envejecer lo que se tiene?", se lee en las primeras páginas de este libro, "¿Acaso se conservan los autos viejos?". Los protagonistas de esta sutil historia ensayan sus propias respuestas, pero "las cosas pasan, y siempre dejan algo que se ignora".

Miguel Vitagliano

CUARTETO PARA
AUTOS VIEJOS



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

ÍNDICE

Primera Parte: El hombre que hacía las casitas
Segunda Parte: La mujer que creía en la ley
Tercera Parte: El hombre que miraba los elefantes
Cuarta Parte: La mujer que se casó
Sobre el autor
Página de legales
Créditos
Otros títulos de esta colección

*Y cada día, para la nena que vivía de este lado
del puente.*

¿El 4 es 4 para todos?
¿Son todos los sietes iguales?
PABLO NERUDA

En un libro sobre el amor que el hombre que hacía las casitas no conocía, que Octavio había comprado en una librería de viejo pero que jamás leyó, que Matilde vio leer reconcentrada a una joven en el colectivo 85, y que Perla perdió en una mudanza sin siquiera haber abierto sus páginas, podía leerse: “¿Por qué conservar y dejar envejecer lo que se tiene? ¿Acaso se conservan los autos viejos? Conservar lo que se tiene es capitular frente a lo que no se tiene, es privarse, disminuir, envejecer”. Las cosas pasan, y siempre dejan algo que se ignora.

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE QUE HACÍA LAS CASITAS

Al hombre que hacía las casitas nadie lo llamaba de esa manera ni pensaba en él en los términos de su hobby; quizá porque no tenía el aspecto –si es que se puede tener alguno– de un hombre que desde los nueve años construía maquetas de fósforos con la ambición de armar una ciudad de dieciséis manzanas. Aún a sus cuarenta y tres años mantenía inacabado el proyecto, pero no lo preocupaba, se sentía a gusto con lo que hacía y satisfecho con cada una de las decisiones que había tomado en su vida, incluso con las últimas. Siempre tuvo la firme convicción de que vivía del mejor modo que podía, lo que no implicaba que alguna vez se hubiera sentido feliz. La completitud era un concepto que por principios –¿matemáticos principios?– prefería alejar de su camino.

Todo en él eran números y cálculos, tanto para realizar sus construcciones en fósforo y cartón como para el resto de las cosas. Un hombre de setenta años vivía 25.550 días, ¿cuántos serían entonces los segundos de entera plenitud en esos 36.792.000 minutos? Es posible que durante las horas muertas al volante de su taxi intentara alguna respuesta personal; si lo hizo jamás contó nada de eso a Leticia. Más atinado sería creer que las cifras arrastraban en sí mismas el absurdo de cualquier atisbo de vanidad.

Había sido él quien diez meses atrás, un viernes por la noche entre las ocho y las nueve, condujo la conversación

con Leticia a un punto sin retorno: debían separarse. Tras unas preguntas perplejas, ella se cubrió la cara con las manos unos instantes y compartió la resolución. No se separaban porque la relación fuera insostenible al cabo de ocho años de matrimonio; al contrario, el problema estaba en que vivían una cotidianeidad sin sobresaltos. Ya ni nos extraña que sea así, sentenció él. ¿Hace cuánto que tenés esa sensación?, replicó ella, que no insistió al quedarse sin respuesta; acaso porque tampoco era capaz de ese tipo de precisiones.

Comenzaron la conversación en el living, Leticia sentada en la mesa, rodeada de las carpetas de La Fundación y sus dos teléfonos celulares dentro de una bolsa de nylon; él en el diván, respaldado a veces o rozando con la palma de su mano el fatigado tapizado en un gesto automático, como quien juega a erizarse los vellos del brazo. Conservaba el diván desde sus días de soltería en un monoambiente; se le ocurrió que Leticia podría hacer asociaciones y creer que había otra mujer en el medio. Pensó en aclararle que nada sería más ridículo que eso, pero ignoraba cómo hacerlo sin introducir una sospecha imborrable entre los dos. Además, era menospreciarla, había sido preciso en las razones, no tenía motivos para dudar que Leticia, tan hábil con las palabras, lo hubiera malentendido. De todos modos, en cuanto la descubrió mirándolo peinar el tapizado, congeló la mano en el aire. Con cierta congoja ella murmuró: ¿Nunca te dije que tenías lindas manos? Y enseguida se puso de pie proponiendo que fueran a la cocina a calentar el café.

Antes hizo un comentario que él fingió no oír: Nada es definitivo, así que esto quizá tampoco lo sea.

Replicar un sí o un no habría sido osado. Lo definitivo, pensó, es la eternidad en tiempo presente. Leticia jamás le había mentado las veces que dijo amarlo para toda la vida, ni tampoco él al escribirle aquella nota en tiempos del noviazgo. Breves líneas que compensaron las cartas de amor que ella le reclamaba a diario: "Nuestro amor es intermina-

ble, igual que el bastón de Hui Tzu, al que día a día le cercenan una mitad y no obstante siempre tiene más". Acaso Leticia las había recordado al ponerse de pie y esperaba alguna reacción. Pero de nada valía demorarse en recuerdos.

Convinieron en dejar pasar un tiempo antes de iniciar los trámites con abogados, y también en que ninguno de los dos debía mudarse de manera apresurada. El departamento tenía varios inconvenientes y venderlo en esas condiciones sería casi como regalarlo. Nuestro problema no es la convivencia, dijo Leticia, convivir nos sale bien, lo que no nos sale es vivir mejor estando juntos. Era muchísimo más hábil que él con las palabras.

La cocina era la parte que más urgía arreglar. En verdad, los tres ambientes del departamento se les habían venido tan abajo como el matrimonio. Hacia donde miraran los tragaban las manchas de humedad. Ahorrarían hasta poder emprender los arreglos necesarios y después lo venderían.

Ninguno de los dos logró pegar un ojo hasta muy entrada la madrugada. Cada uno simulaba dormir ante los movimientos insomnes del otro. Las veces que Leticia se levantó para ir al baño, él permanecía en vilo calculando si debía o no actuar. Antes de que sonara el despertador, dejó la cama y, luego de constatar que ella dormía, revolvió entre sus papeles viejos hasta encontrar la nota del bastón de Hui Tzu. Caminó alrededor de la tabla de dos por dos que sostenía las dieciséis manzanas de su maqueta, tanteó al azar la ventana del edificio y dejó olvidada la nota en un departamento anónimo.

A pesar de que en los últimos diez meses habían conseguido ahorrar bastante, los precios se habían ido a las nubes. Según calculaban, tenían para otros tres meses más.

El dormitorio quedó para Leticia, el cuarto de la maqueta para él. Como allí apenas había lugar para la tabla, sostenida por una caja verde y un viejo cajón de sifones a unos

cincuenta centímetros del piso, decidió dormir en el diván del living.

En un principio amagó desarmar los estantes que había en la pared del cuarto, guardar en otro lado los frascos repletos de cabezas de fósforos y ganar así un poco de espacio para desplegar su colchón. Pronto, en cuestión de segundos en realidad, desistió de la idea. Bastante molestia tenía ya circulando alrededor de la tabla como para, además, colocarla en una esquina perdiéndose así dos perspectivas de la maqueta. (Lo mejor hubiera sido que desde el primer día en ese departamento él dispusiera la tabla a una altura razonable para no tener que agacharse a contemplar su ciudad. Lo mejor y lo más efectivo, pero Leticia jamás quiso entrometerse en ese mundo que tenía un único creador.) Detalles menores en comparación con lo anterior: ¿Por qué había amagado con la posibilidad de colocar un colchón en el cuarto si en realidad no pensaba hacerlo? Solo para demostrar que también él podía hacer sacrificios en la nueva situación.

Dormir en el living implicaba estar en el medio de las carpetas y los teléfonos de Leticia. Llamados en serie que comenzaban a la mañana muy temprano, a principios de la tarde o de noche, según los horarios de los países de destino. El mayor fastidio, sin embargo, no eran los llamados sino las voces cambiantes de Leticia. Como si fuera su propia secretaria, contestaba uno de los celulares en castellano, inglés, portugués, francés, y continuaba enseguida hablando con una simulada voz de jefa. O impostaba entonaciones ibéricas pretendiendo el castellano neutro que le exigían a veces, o se cambiaba de nombres según los países con los que hablara, o hacía desaparecer sus "y" rioplatenses. Ningún derecho tenía él de exigirle nada, era el trabajo de Leticia y ella disfrutaba haciéndolo, mucho más en los últimos años en que no pasaba un día sin docenas de llamados bien pagados. ¿Acaso la había preferido azafata?

¿Tenía algún derecho sobre ella, que se había refugiado en el trabajo para no quedar a la intemperie con su dolor?

Tomó una resolución, aunque dejó pasar unos días antes de proponérsela. Mientras tanto puso en aviso a Baldivieso, su socio en el taxi. En verdad, no era nada complejo de combinar. Al comienzo de cada semana Leticia le anticiparía cuáles iban a ser las horas más fuertes de trabajo para que él cambiara su turno en el taxi.

No siempre lograba que todo se amalgamara, a veces por cambios de último momento de La Fundación, la principal proveedora de sondeos, otros surgidos por el fastidio o los caprichos de Baldivieso que, por otra parte, tenía apenas el treinta por ciento de la propiedad del taxi.

Al principio la oía llorar y dar vueltas en la cama, después los lloriqueos se hicieron esporádicos y desde hacía unos meses el único ruido que salía del dormitorio era el de las páginas de lo que leía.

En varias ocasiones, de regreso al departamento, había descubierto a Leticia con los ojos vidriosos. Otras –y eso tampoco había variado con el correr de los meses– la sorprendía observándolo mientras él decapitaba fósforos y los colocaba en una caja; y si le preguntaba si ocurría algo, ella salía con evasivas. Salvo en esos detalles ambos evitaban poner escollos a lo pactado. Tarde o temprano terminarían de ahorrar el dinero para arreglar el departamento y venderlo, y para eso, pensaban, faltaba menos de lo mucho que ya había pasado.

Los domingos eran los días más difíciles de sobrellevar; no había –salvo excepciones– llamados para La Fundación y el taxi quedaba libre para Baldivieso. Se cruzaban en el silencio como si se descubrieran desnudos ante una multitud.

Pero se acostumbraron, como a todo lo demás.

Hacían turnos para encargarse de las compras en el supermercado, también para cocinar y lavar. A menudo pedían empanadas o pizza y se sentaban en el diván a mirar televisión. En el último tiempo empezaron a jugar al Scrabel. Leticia siempre había sido hábil con las palabras, así que lo nuevo fue que él concediera, y sin reparos, convertirse en su víctima.

Si algo le atraía ahora del juego era que las partidas se prolongaban de una noche a otra y que podía estudiar a solas el tablero. Lo que no impedía que cayera derrotado. Acaso no era que él estudiase las palabras posibles sino que contemplara las casillas con un placer hipnótico, habituado a las calles y manzanas de su maqueta.

El Scrabel exigía concentración y abstraerse del resto.

En el nuevo vínculo que combinaba lo gastado con lo remozado, notó un día que habían perdido los apelativos conyugales. En el caso de Leticia se trataba, digamos, de algo alarmante porque esa era la única manera en que ella acostumbraba a nombrarlo. Ella ya no era su mujer pero seguía siendo "Leticia", incluso a veces "Leti", aunque nunca más "Leta"; en cambio él era un hueco sin nombre, un gesto que lo indicaba, una pelada desinencia verbal, un dedo tocándole el brazo, un "Es tu turno" sin otras especificaciones. Podría haberle restado importancia hasta acostumbrarse, de no haber sido ella la mujer atenta a descubrir la *novia en avión*, la *pared en padre*, todo *amor en Roma*, el *destino en sentido*... Como si se tratara de un riguroso razonamiento, decidió que no le importaría de ahí en más que Leticia fuera quien era, porque la que había sido, en verdad, pertenecía a un tiempo terminado y etcétera, etcétera. Siguió llamándola "Leticia" pero con la austeridad cívica de documento de identidad, sin siquiera poner énfasis en el acento; "Leticia" en seco, con entonación de trámite, y ya ni una sola vez se permitió un "Leti".

Solo él podía creer que en eso no había más. ¿Cuándo había sido la primera vez que dejó de nombrarlo?

Él podía sumar recuerdos tratando de dilucidar el momento y aun así seguiría sin ver que el verdadero asunto pertenecía a una resta previa, anterior a Leticia y al matrimonio. Había una cuenta que le faltaba y no lo sabía.

Lamento decirte que hubo un cambio y que tengo que trabajar desde temprano, anunció ella.

Reconoció el vacío de su nombre, el dedo de Leticia hiéndolo, pero no ese dedo en la llaga de una herida más antigua.

Leticia dormía en la habitación; el cuarto de la maqueta y el diván del living quedaban para el hombre que hacía las casitas, esa forma con la que nadie lo llamaba, ni lo pensaba, salvo él mismo, y no sin miedo, como si se tratara de la sábana de un fantasma bajo la cual temía verse envuelto.